

no está usted enterado de todo : Max ha reconocido al pintor....

En aquel momento, un clamoreo partió de una punta de la ciudad, y creció siguiendo el curso de la Narette Mayor, como el ruido de un trueno.

— ¡ Ahí está, ahí está ! ¡ Ya esta preso !

Estas palabras se destacaban del espantoso rumor popular. En efecto, el pobre José Bridau, que tranquilamente regresaba por el molino de Landrole para llegar á tiempo del almuerzo, fué visto, cuando llegó á la plaza Miseria, por todos los grupos á la vez.

Por fortuna para él, dos gendarmes llegaban á paso de carga para arrancarlo de las manos de la gente del arrabal de Roma, que ya, sin consideración alguna, lo habían agarrado por el brazo, vociferando, pidiendo su muerte.

— ¡ Paso, paso ! dijeron los gendarmes, quienes llamaron á otros dos compañeros suyos, para escoltar á Bridau,

— Mire usted, caballero, dijo al pintor uno de los que le tenían sujeto, en este momento se trata de usted. Inocente ó culpable, menester es que le defendamos contra el motin causado por el asesinato del comandante Gilet; y esa gente no se contenta con acusarle á usted, sino que le cree el verdadero culpable. El señor Gilet es el idolo de esas gentes, que parecen querer tomarse la justicia por su mano. De sobra sabemos cómo las gastan, recordamos lo ocurrido en 1830.

José quedó aterrado y tuvo que hacer un esfuerzo considerable para poder proseguir su camino.

— Después de todo, dijo, soy inocente. ¡ Vamos allá !

¡ También llevó su cruz, el pobre artista ! Recogió insultos, brámidos, amenazas de muerte, mientras se efectuaba el horrible trayecto de la plaza Miseria á la plaza San Juan. Se vieron obli-

gados los gendarmes á desenvainar contra la muchedumbre furiosa, que les tiraba piedras. Á punto estuvieron de ser heridos los gendarmes, y algunos proyectiles alcanzaron las piernas, los hombros y el sombrero de José.

— ¡Aquí estamos! dijo uno de los gendarmes al entrar en la sala del señor Hochón, y no ha sido sin trabajo, mi teniente.

— Ahora, hay que hacer que cada cual se vaya por su lado, y sólo un medio veo, señores, dijo el oficial á los magistrados : conduciendo al Palacio de Justicia al señor Bridau y poniéndolo en medio de ustedes; los gendarmes y yo les escoltaremos : de nada puede responderse con esos seis mil furiosos....

— Dicen ustedes bien, observó Hochón, que seguía temblando por su oro.

— Si es ésta la mejor manera de defender la inocencia en Issoudun, dijo el pintor, no me parece muy acertada... Á punto he estado de que me mataran á pedradas.

— ¿Prefiere usted ver tomar de asalto y saquear la casa de su huésped? dijo el teniente. ¿Cree usted que podríamos, con nuestros sables, resistir á una ola de gente excitada por unos cuantos locos, y que ninguna noción de justicia tienen?...

— ¡Pues andando, Señores! Allá nos explicaremos, exclamó resueltamente José, que ya había recobrado toda su sangre fría.

— ¡Paso, amigos! dijo el teniente; ya está detenido; lo llevamos al Palacio de Justicia.

— ¡Respeto á la justicia, amigos míos! dijo el Señor Mouillerón.

— ¿Qué, preferirían verlo guillotinar? decía uno de los gendarmes á un grupo amenazador.

— ¡Sí, sí, que lo guillotinen!

— ¡Lo van á guillotinar, lo van á guillotinar! chillaban las mujeres. »

En el extremo de la Naretta Mayor, la gente decía :

« Lo llevan á la guillotina; le han encontrado el puñal. ¡Vaya un bandido! ¡Así son los parisienses! — ¡No, si la cara que tiene no podía mentir! »

Á pesar de su exasperación, José anduvo todo el trayecto con envidiable calma y aplomo. Pero, no obstante, grato le fué verse por fin en el despacho del Señor Lousteau-Prangin.

« Creo, señores, que no necesito decirles que soy inocente, dijo el pintor dirigiéndose á Mouillerón, á Lousteau y al actuario; lo único que les pido es que me ayuden á probar mi inocencia... Desconozco la primera palabra del delito que se me imputa. »

Quando hubo el juez deducido á José todas las presunciones que pesaban sobre él, terminando por la declaración de Max, el joven quedó consternado.

« Lo que puedo decirles á ustedes, señores, es que salí de casa esta mañana después de las cinco; tomé por la calle Mayor, y, á las cinco y media, miraba la fachada de la parroquia de San Ciro. Allí hablé con el campanero, que venía á tocar el Ángelus, y le pedí informes acerca del edificio, que me parece extraño é inacabado. Después atravesé el mercado de las legumbres, en donde ya había mujeres. De allí, por la plaza Miseria, gané, por el puente de los Asnos, el molino de Landrole, en donde estuve mirando tranquilamente unos patos por espacio de cinco á seis minutos, y sin duda me han visto los mozos del molino. He visto mujeres que iban al lavadero, y aún deben de estar; se han echado á reír en mis narices, diciéndome que no era guapo; les he contestado que hay joyas en las muecas. De allí, me estuve paseando por la alameda hasta Tivoli,

en donde charlé un rato con el jardinero... Hagan comprobar mis afirmaciones, y no me pongan en estado de detención; pues doy palabra de que de aquí no me moveré hasta que queden bien convencidos de mi inocencia.»

Este discurso sensato, dicho sin titubear y con la serenidad de un hombre que está seguro de lo que dice, impresionó bastante á los magistrados.

« Bueno, pues habrá que llamar á todas esas personas, y primero dar con ellas, dijo el señor Mouillerón, pero eso no se hace en un día. Resuélvase, pues, en su interés, á quedar incomunicado en el Palacio de Justicia.

— Lo que ustedes quieran, con tal que pueda escribirle á mi madre para tranquilizarla... Leerán ustedes la carta.

Harto justa era esta súplica para no ser concedida, y escribió José estos renglones:

« No estés inquieta, querida mamá; el error de que soy víctima no tardará en aclararse; he dado medios para ello. Mañana, ó quizá esta tarde, quedaré libre. Te abrazo, y dile á los Señores de Hochón cuánto me apena el disgusto que, bien sin culpa mía, les estoy ocasionando. Todo esto es obra de alguien ó de algo que no tardaremos en conocer ».

En el momento en que llegó la carta, la señora de Bridau padecía un grave ataque nervioso; y las bebidas que trataba de darle el señor Goddet no daban resultado; así es que la lectura de dicha carta fué un bálsamo para la pobre madre. Al cabo de algunas sacudidas, Ágata cayó en el abatimiento que siguen á esas crisis. Cuando volvió el señor Goddet á ver á su enferma la halló lamentando el haber salido de París.

« Dios me ha castigado: ¿no debí confiar en él

y esperar de su bondad la herencia de mi hermano?»

— Señora, si es inocente su hijo de usted, Max es un peligroso canalla, le dijo al oído el señor Hochón, y no saldremos airosos en semejante asunto; así, pues, vuélvase á París.

— ¿Y qué tal sigue el señor Gilet? le preguntó la anciana al médico.

— Pues, aunque grave, no es mortal la herida. Al cabo de un mes, todo quedará acabado. Lo dejé escribiendo al señor Mouillerón para que pusiese en libertad á su hijo de usted, señora, le dijo á la enferma. Max es un buen chico; le he dicho en qué estado estaba usted, y entonces ha recordado una particularidad del traje de su asesino, que le ha probado que no podía ser éste su hijo de usted: el homicida llevaba babuchas de orillo, y está probado que su hijo de usted salió de casa con botas...

— ¡Que Dios le perdone el daño que me ha hecho!... »

Al oscurerer, un hombre había traído á Gilet una carta escrita en letras de molde, y que decía:

« No debería el capitán Gilet dejar á un inocente en manos de la justicia. El autor de la agresión promete no reincidir, si el señor Gilet hace poner en libertad al señor Bridau sin designar al culpable ».

Después de haber leído esta carta y haberla quemado, escribió Max al señor Mouillerón otra que contenía la observación mencionada por el señor Goddet, rogándole que pusiese en libertad á José, y que fuese á verle para que él, Max, le explicase el asunto. Cuando dicha carta llegó á manos del señor Mouillerón, ya Lousteau había podido reconocer, por las declaraciones del campanero, de

una verdulera, de las lavanderas, de los mozos de molino y del jardinero de Frapesle, la veracidad de las explicaciones dadas por José. La carta de Max acababa de probar la inocencia del acusado, que fué acompañado por el señor Mouillerón en persona á casa del señor Hochón. José fué acogido por su madre con efusión de vivísima ternura.

« En seguida comprendí, al ver cómo miraba usted al populacho que le insultaba, que era usted inocente; pero, á pesar de mi persuasión, como conozco á esta gente, el mejor medio de protegerle era de hacer lo que hemos hecho. ¡La verdad, era un gusto verle tan altivo!

— Es que estaba pensando en otra cosa, contestó sencillamente el artista. Conozco á un oficial que me ha contado que en Dalmacia fué detenido en circunstancias semejantes, al regresar de paseo, una mañana, por un populacho alborotado... Me hacía gracia el parecido de las dos situaciones, y miraba yo todas aquellas cabezas con idea de pintar una rebelión de 1793... Y en fin, también me decía á mí mismo: « Bien empleado te está lo que te ocurre, por haber venido en busca de una herencia, en vez de quedarte en tu estudio, pintando ».

— Si quiere usted seguir mi consejo, dijo el fiscal, tomará esta noche á las once un coche que le prestará el jefe de posta, y se volverá usted á París por la diligencia de Bourges.

— También es mi parecer, dijo el señor Hochón, que ardía en deseo de ver marcharse á su huésped.

— Y mi más vivo deseo es salir de Issoudun, en donde, sin embargo, dejo á mi única amiga, contestó Ágata tomando y besando la mano de la señora de Hochón. ¿Y cuándo la volveré á ver?...

— ¡Ah, queridita, ya sólo arriba nos volveré-

mos á ver!... Bastante hemos padecido aquí abajo para que se apiade Dios de nosotras. (Esta última frase fué dicha al oído). »

Al cabo de un rato, y después de la entrevista entre el señor Mouillerón y Max, dejó Margarita asombrados á los Hochón, á Ágata, á José y á Adolfin, al anunciar la visita del señor Rouget. Venía Juan Jacobo para despedirse de su hermana y ofrecerle su coche para ir á Bourges.

« ¡Cuánto daño nos han hecho sus cuadros de usted! le dijo Ágata.

— Quédese con ellos, hermana, contestó el vejete, que no creía aún que tuviesen mucho mérito.

— Vecino, dijo el señor Hochón, nuestros mejores amigos, nuestros mejores defensores son nuestros parientes, sobre todo cuando se parecen á su hermana Ágata y á su sobrino José.

— Es posible, contestó el viejo embrutecido.

— Hay que pensar en acabar cristianamente la vida, dijo la señora de Hochón.

— ¡Ah, Juan Jacobo, qué día!... exclamó Ágata.

— ¿Acepta usted mi coche? preguntó Rouget.

— No, hermano, contestó Ágata; le doy las gracias y le deseo buena salud. »

Rouget se dejó abrazar por su hermana y por su sobrino, y se despidió de ellos, sin ternura. Baruch, por mandato de su abuelo, había ido á la Posta. Á las once de la noche, los dos parisienses, metidos en un incómodo cochecillo de mimbres del que tiraba un caballo, salieron de Issoudun. Adolfin y la señora de Hochón lloraban: sólo ellas sentían á Ágata y á José.

« Se han marchado, dijo Francisco Hochón entrando con la Enturbidora en el cuarto de Max.

— Pues se acabó la farsa, contestó Max, abatido por la fiebre.

— Pero ¿qué le has dicho á Mouillerón? le preguntó Francisco.

— Le he dicho que casi le habia ya dado motivo á mi asesino para que me esperara en la esquina de una calle, que dicho individuo era templado y capaz de matarme como á un perro antes de que lo detuvieran. Por consiguiente he pedido á Mouil-



lerón y á Prangin que, ostensiblemente, hagan que buscan al asesino, pero que dejen á éste tranquilo, si querian verme vivo y sano.

— Supongo, Max, que durante algún tiempo os abstendréis de bromas nocturnas.

— ¡Por fin nos vemos libres de los parisienses! exclamó Max. El que me ha herido no creía, sin duda, hacernos tal favor. »

Al día siguiente, excepto las personas muy tranquilas y prudentes que opinaban como los Hochón, la salida de los parisienses, aunque causado por deplorable equivocación, fué celebrada

por toda la ciudad como una victoria de la provincia sobre París. Algunos amigos de Max se expresaron con bastante dureza respecto de los Bridau :

« Sin duda se creían esos parisienses que somos unos imbéciles, y que no hay más que tender el sombrero para que caigan en él herencias...

— Vinieron por lana y se fueron trasquilados, pues no le hizo gracia al tío el pintorcito.



— Y eso que tenían por consejero á un procurador de París...

— ¡Ah, de modo que habían formado un plan!

— Sí, el de apoderarse de Rouget; pero no sabían dónde se metían los tales parisienses, y no se burlará de nosotros su procurador.

— ¡Eso es abominable!

— Pues así son los parisienses...

— La Enturbiadora ha sabido librarse de sus garras.

— En lo cual ha tenido más que razón. »

Para toda la ciudad, los Bridau eran parisienses, extraños; se les prefería Max y Flora.

Puede imaginarse la satisfacción con que Ágata y José volvieron á su cuartito de la calle Mazarine, después de semejante campaña.

Durante el viaje, el artista había recobrado su alegría, turbada por la escena de la detención y por una incomunicación de muchas horas; pero no pudo distraer á su madre. Tanto menos propensa estaba Ágata á la alegría, cuanto que iba la Cámara de los pares á comenzar el proceso de la conspiración militar. La conducta de Felipe, á pesar de la habilidad de su defensor, aconsejado por Desroches, excitaba sospechas que en nada favorecían su moralidad. Por eso, tan pronto como hubo iniciado José á Desroches en lo que ocurría en Issoudun, se apresuró á llevarse á Mistigris al castillo del conde de Serizy, para no oír hablar de aquel proceso, que duró veinte días.

Inútil es repetir aquí cosas que todo el mundo sabe. Ya que desempeñara algún papel convenido de antemano, ya que fuera uno de los reveladores, es el caso que quedó Felipe bajo el peso de una condena á cinco años de vigilancia, obligándole, además, á marchar á Autun el día mismo de su salida de la cárcel. Dicha pena equivalía á una detención semejante á la de los presos bajo palabra á quienes se da una ciudad por prisión. Al saber que el conde de Serizy, uno de los pares designados por la cámara para la instrucción del proceso, había confiado á José trabajos de pintura en su castillo de Presles, solicitó Desroches una audiencia de aquel ministro de Estado, y halló al conde en buenisimas disposiciones para con José, con quien, por casualidad, había hecho conocimiento. Explicó Desroches la situación financiera de los dos hermanos, recordando los servicios prestados por el padre, por Bridau, y el olvido en que los tenía la Restauración.

« Semejantes injusticias, monseñor, dijo el procurador, son causas permanentes de irritación y de descontento. Usted que ha conocido al padre, ponga siquiera á los hijos en condiciones de hacer fortuna. »

Y pintó sucintamente la situación de los asuntos de la familia en Issoudun, pidiéndole al omnipotente vicepresidente del Consejo de Estado que consiguiera del director general de la policía que, en vez de Autun, se le asignara á Felipe Issoudun como residencia. Y finalmente habló de la situación más que precaria de Felipe, solicitando un socorro de sesenta francos mensuales que debería dar, el ministro de la guerra, por pudor, á un antiguo teniente coronel.

« Conseguiré cuanto me pide, pues todo me parece justo, dijo el ministro de Estado. »

Tres días después, Desroches, provisto de las necesarias autorizaciones, fué á sacar á Felipe de la prisión y se lo llevó á su casa (de Desroches). Allí, el procurador echó al repugnante soldadote uno de esos sermones sin réplica, en los que llaman los procuradores las cosas por su verdadero nombre, empleando palabras crudas para estimar la conducta de la gente por quien se interesan. Después de haber apabullado al oficial de ordenanza del emperador reprochándole sus derroches insensatos, las desgracias de su madre y la muerte de la vieja Descoings, le dió cuenta de lo que ocurría en Issoudun, de quiénes eran Max y la Esturbiadora. Felipe escuchó con mucha más atención esta segunda parte del discurso de Desroches.

« De donde resulta, añadió el procurador, que podrá usted reparar, en lo reparable, los perjuicios que le ha ocasionado usted á su excelente familia, pues ya no puede devolver la vida á la pobre mujer á quien dió usted el golpe mortal; pero sólo usted puede... »

— ¡Y cómo? preguntó Felipe.

— He conseguido para usted que, en vez de Autun, le fijen como residencia Issoudun. »

La cara de Felipe, tan descarnada, casi siniestra, de tal manera la habían cambiado las enfermedades, los padecimientos y las privaciones, se iluminó repentinamente por un relámpago de alegría.

— Sólo usted puede, digo, recuperar la herencia de su tío Rouget, ya á medias, quizá, en boca de ese lobo llamado Gilet, repuso Desroches. Ya 'que está usted al tanto de todos los detalles, vea cómo ha de obrar. No le indico plan alguno, pues no puedo decirle nada desde aquí; la realidad, el terreno, lo modifican todo. Se las ha de haber usted con un mozo astuto, y su manera de querer recoger los cuadros dados á José por su tío, y la audacia con que acusó á José de asesinato en su persona, anuncian á un adversario capaz de todo. Así es que, prudencia; sino por temperamento, por cálculo. Sin que lo sepa José, cuya altivez de artista se hubiese ofendido, he devuelto los cuadros al señor Hochón, pidiéndole que sólo á usted los entregue. El tal Max Gilet es valiente...

— Mejor que mejor, contestó Felipe; cuento, para mi éxito, con el valor de ese individuo, pues un cobarde se marcharía de Issoudun.

— Bueno; acuérdesse de su madre, que es más que buena para usted; de su hermano, á quien ha saqueado usted...

— ¡Ah! ¡le ha hablado á usted de esas tonterías?...

— ¿Soy ó no soy amigo de confianza de la familia, y sé ó no sé más que ellos acerca de usted?

— ¿Pues, qué sabe usted? dijo Felipe.

— Ha traicionado usted á sus compañeros...

— ¡Yo! exclamó Felipe, ¡Yo, oficial de ordenanza del emperador? Bromas y sólo bromas. Lo que hay es que hemos engañado á la Cámara de los

Pares, á la justicia, al Gobierno y á todo el mundo. Son poco listos los fiscales y jueces del rey...

— Siendo así, muy bien; pero no olvide usted que los Borbones tienen á favor suyo á toda Europa, y convendría que hiciese usted las paces con el ministro de la guerra... Ya lo hará usted cuando sea rico; y para enriquecerse y enriquecer á su hermano, apodérese del tío. Si quiere usted terminar con éxito un negocio que exige tanta habilidad, prudencia y paciencia, ya tiene usted tela cortada para los cinco años de su destierro...

— No, no, dijo Felipe, hay que apresurarse; podría el tal Gilet desnaturalizar la fortuna de mi tío, ponerla á nombre de esa mujer, y todo se iría al demonio.

— En fin, el señor Hochón es hombre de buen consejo; véalo, consúltelo. Tiene usted su hoja de ruta, su asiento está retenido en la diligencia de Orleans para las siete y media, ya tiene hecho el baúl, véngase á comer...

— Sólo poseo lo que llevo sobre mi persona, dijo Felipe abriendo su horrible levita azul; pero me faltan tres cosas que pedirá usted á Giroudeau, el tío de Finot, mi amigo, que me envíe: mi sable, mi espada y mis pistolas.

— Otra cosa le falta á usted, dijo el procurador al notar lo indecente de la ropa de su cliente. Recibirá usted una indemnización de tres meses para vestirse un poco mejor.

— ¡Hola, tu aquí, Godeschall! exclamó Felipe al reconocer en el empleado principal de Desroches al hermano de Mariquita.

— Sí, hace dos meses que estoy con el señor Desroches.

— Y aquí quedará, supongo, dijo el procurador, hasta que pueda tomar un bufete por su cuenta.

— ¿Y tu hermana? preguntó Felipe, emocionado por aquellos recuerdos.

— Espera la apertura de la nueva sala.

— Poco le costaría, dijo Felipe, hacer algo por mí... ¡ En fin como guste!... »

Después de la malísima comida ofrecida á Felipe por Desroches, que alimentaba á su empleado principal, éste y su jefe dejaron en la diligencia al condenado político, deseándole buena suerte.

El 2 de noviembre, día de Difuntos, Felipe Bridau se presentó en la oficina del comisario de policía de Issoudun para hacerle firmar su hoja el día mismo de su llegada; hecho lo cual fué, por consejo de dicho funcionario, á tomar habitación en la calle del Avenero. En seguida corrió por Issoudun la noticia de la deportación de uno de los oficiales comprometidos en la última conspiración, y se supo que dicho oficial era hermano del pintor tan injustamente acusado. Max, ya completamente repuesto, había terminado la tan difícil operación de la realización de los fondos hipotecarios de Rouget y su colocación en rentas del Estado. Mucho dió que hablar el empréstito de ciento cuarenta mil francos efectuado por el viejo sobre sus propiedades, pues todo se sabe en provincia. Interesándose por los Bridau, Hochón, afligido por tamaño desastre, pidió informes al viejo señor Herón, notario de Rouget, acerca de tal movimiento de fondos.

« ¡ Los herederos de Rouget, si es que muda éste de parecer, me deberán un famoso cirio! exclamó Herón. Sin mí, el viejo hubiera dejado colocar los cincuenta mil francos de renta á nombre de Max Gilet... He dicho á la señorita Brazier que había de atenerse al testamento, so pena de verse intentar un proceso por espoliación, en vista de las numerosas pruebas que darian de sus manejos los varios transportes efectuados en distintos sitios. Para ganar tiempo he aconsejado á Max y á su querida que hicieran olvidar

ese tan repentino cambio en las costumbres de Rouget.

— Sea usted abogado y proteotor de los Bridau, pues nada tienen, dijo al notario el señor Hochón, que no perdonaba á Max las angustias pasadas al temer que fuera saqueada su casa. »

Max y Flora, ya libres de todo peligro, bromearon al tener noticia del segundo sobrino de Rouget. Á la primera inquietud que les diera Felipe, seguros estaban de lograr, haciéndole firmar una procuración á Rouget, el transferir la inscripción de renta, ya á favor de Max, ya á nombre de Flora. Si se revocaba el testamento, cincuenta mil francos de renta eran ya un bonito consuelo, sobre todo después de asegurados otros ciento cuarenta mil.

Al día siguiente de su llegada, y á eso de las diez de la mañana, se presentó Felipe en casa de su tío; quería que lo viera el viejo con su harapienta ropa. Así es que cuando entró en la sala el recién salido del hospital y de la cárcel, sintió Flora como un calofrío ante tan repugnante vista. También Gilet notó en lo más íntimo de su ser esa sacudida que nos avisa que tal persona es enemiga nuestra y que corremos algún peligro. Si las facciones de Felipe ofrecían un aspecto siniestro, á consecuencia de sus últimos reveses, su traje acentuaba más aquella expresión. Su raída levita azul quedaba militarmente abrochada hasta el cuello por tristes razones, pero también enseñaba demasiado lo que tenía la pretensión de ocultar. Los bajos de su pantalón, gastadísimos, denotaban profunda miseria. Las botas dejaban rastros húmedos, despidiendo agua barrosa por las suelas entreabiertas. El sombrero gris que tenía en la mano el coronel ofrecía á las miradas un forro hartamente grisiento. El bastón de junco, cuyo barniz había desaparecido, debía de haber arrastrado por todos los rincones de los

café de París, y descansado su torcida punta en muchos fangos. Sobre un cuello de terciopelo que dejaba ver el cartón se erguía una cabeza casi semejante á la que el famoso actor Frederick Lemaitre se hacía en el último acto de la *Vida de un jugador*, y en la que el agotamiento de un hombre vigoroso aún se revela por una tez cobriza, verdosa á trechos. Se ven esas tintas en la cara de los viciosos que se han pasado noches y noches jugando : tienen los ojos negras ojeras; los párpados, más bien que rojos, aparecen enrojecidos; y finalmente, la frente es una ruina. En Felipe, apenas repuesto de su enfermedad, las mejillas estaban chupadas y arrugadas. Su cráneo estaba calvo; sólo algunos mechones colgaban detrás de la cabeza.

El azul tan puro de sus ojos tan brillantes había tomado las frías tintas del acero.

— Buenos días, tío, dijo con voz ronca, soy Felipe Bridau sobrino de usted. Así es cómo tratan los Borbones á un teniente coronel, á un soldado, al que ha llevado las órdenes del emperador en la batalla de Montereau. Me avergonzaria, por la Señorita, si se entreabriera mi levita. Después de todo, estos son lances del juego : hemos querido comenzar de nuevo la partida, y hemos perdido. Habito la ciudad de usted por orden de la policía, con la hermosa paga de sesenta francos mensuales. Bien seguros pueden estar los burgueses de que no haré que se suban los artículos de primera necesidad.

Veo que esta usted en buena y hermosa compañía.

— ¡ Ah, conque eres mi sobrino? dijo Juan Jacobo.

— Invite usted al coronel á almorzar, dijo Flora.

— No, gracias, Señora, contestó Felipe, he almorzado. Además, me cortaría la mano antes

que pedirle un pedazo de pan ó un céntimo á mi tío, después de lo ocurrido en esta ciudad, respecto de mi hermano y de mi madre. Sólo que no me parece decente vivir en Issoudun sin venir, de cuando en cuando, á saludarle. Además, puede usted, dijo ofreciendo á su tío su mano en la que puso la suya en seguida, puede usted hacer cuanto guste : nada me parecerá mal, con tal que quede á salvo la honra de los Bridau.

Podía Gilet mirar á sus anchas al teniente coronel, pues Felipe evitaba volver ostensiblemente los ojos hacia él. Aunque le hervía la sangre en las venas, tenía Max hartó interés en conducirse con prudencia; quedó, pues, tranquilo y frío.

— No estará bien, caballero, dijo Flora, que viva usted con sesenta francos al mes á dos pasos de su tío, que tiene cuarenta mil francos de renta, y que tan bien se ha portado ya con el comandante Gilet, su pariente por naturaleza, que ahí está...

— Sí, Felipe, dijo el viejo, ya arreglaremos eso...

Á consecuencia de la presentación hecha por Flora, Felipe cambió una mirada casi temerosa con Gilet.

— Tío, tengo que devolverle á usted unos cuantos cuadros; están en casa del Sr. Hochón; me hará usted el favor de venir uno de estos días á reconocerlos.

Después de haber pronunciado con tono seco estas palabras, el teniente coronel Felipe Bridau salió. Aquella visita dejó en el alma de Flora, y también en Gilet, una emoción más grave aún que su asombro al ver llegar al desarrapado soldadote. Tan pronto como hubo Felipe cerrado la puerta con una violencia de heredero despojado, Flora y Max se ocultaron entre las cortinas para verlo ir desde allí á casa de los Hochón.

— ¡ Vaya un tipo! dijo Flora á Max con la mirada.

Si, por desgracia, algunos como ese ha habido en el ejército del emperador; á siete he matado yo en los pontones, contestó Max.

— Espero que no tratarás de reñir con éste...

— ¡Oh! éste, contestó Max acercándose á Rouget, éste quiere que le den un hueso que roer. Si su tío tiene confianza en mí, se lo quitará de encima con alguna cantidad que le dé; pues de otro modo no le dejará á usted tranquilo, papá Rouget.

— Olia mucho á tabaco, observó el viejo.

— También olía los cuartos de usted, dijo Flora en tono perentorio. Mi parecer es que no debe usted recibirlo más.

— Tal es mi desco, contestó Rouget.

— Señor, dijo Margaita entrando en el cuarto en que se hallada la familia Hochón después del alumuerzo, aquí está el señor Bridau de quien hablaba usted.

Efectuó Felipe su entrada con cortesía, en medio de un profundo silencio causado por la curiosidad general. La señora de Hochón sintió un estremecimiento al ver al autor de todos los tormentos de Ágata y al asesino de la buena Descoings. También Adolfiná tuvo miedo. Baruch y Francisco cambiaron una mirada de sorpresa. El viejo Hochón conservó su sangre fría y ofreció un asiento al hijo de la señora de Bridau.

— Vengo, señor mío, dijo Felipe, á recomendarle á usted; pues necesito tomar mis medidas para vivir en este país, durante cinco años, con sesenta francos mensuales que me da Francia.

— La cosa es posible, contestó el octogenario.

Habló Felipe de cosas indiferentes conservando correcta actitud. Presentó como á un águila al periodista Lousteau, sobrino de la anciana, que se

ablandó al oír que Lousteau llegaría á ser célebre. Y no titubeó en reconocer las culpas de su vida. Á un reproche afectuoso que en voz baja le dirigió la señora de Hochón, contestó que había reflexionado mucho en la cárcel, y le prometió cambiar por completo de conducta.

Dijo Felipe una palabra al señor Hochón y ambos salieron juntos. Ya que estuvieron en el bulevar Barón, en sitio donde nadie podía oírles, el coronel dijo al anciano :

— Señor mío, si no le parece mal, nunca hablaremos de asuntos ni de personas sino paseándonos por el campo ó en sitios donde podamos hablar sin ser oídos. El señor Desroches me ha explicado la influencia de los cuentos y chismes en una pequeña ciudad. No quiero, pues, que sea usted sospechado de darme consejos, aunque el señor Desroches me ha dicho que los solicite, y yo le pido que no me los ahorre. Tenemos un enemigo poderoso, y ninguna ocasión hay que desperdiciar para deshacerse de él. Y por de pronto, excúseme si no vuelvo á su casa : cierta frialdad entre nosotros hará que nadie sospeche que influye usted en mi conducta. Cuando necesite consultarle, pasaré por la plaza á eso de las nueve y media, después de su alumuerzo. Si me ve usted con el bastón á modo de arma terciada, eso significará que tenemos que encontrarnos, por casualidad, en un paseo que usted me indicará.

— Todo lo que usted me dice me parece ser de hombre prudente y que quiere salir airoso en su empresa.

— Y así será, caballero. Ante todo, indíqueme los militares del antiguo ejército que residen aquí, que no sean del partido de ese Max Gilet, y con quien pueda yo entablar amistad.

— Por de pronto hay un capitán de artillería de la guardia, el señor Mignonnet, antiguo alumno de

la Escuela Politécnica, de edad de cuarenta años, y que vive modestamente; es persona muy honorable y se ha pronunciado contra Max, cuya conducta le parece indigna de un verdadero militar.

— ¡Muy bien!

— No hay muchos militares de ese temple, repuso el señor Hochón, pues sólo veo ya, aquí, á un antiguo capitán de caballería.

— Es mi arma, dijo Felipe. ¿Estaba en la Guardia?

— Si, contestó Echén. Carpentier era, en 1810, sargento primero en los dragones; de allí salió para entrar de alférez en la infantería, y ha llegado á capitán.

— Acaso lo conozca Giroudeau, pensó Felipe.

— Ese señor Carpentier ha tomado el puesto que rehusó Max, en la alcaldía, y es amigo del comandante Mignonnet.

— ¿Qué puedo hacer aquí para ganar mi vida?

— Van, me parece, á establecer una subdirección para los seguros mutuos del departamento del Cher, y acaso pueda usted encontrar allí un puesto, pero á lo sumo será de cincuenta francos mensuales.

— Me bastarán.

Al cabo de una semana tuvo Felipe una levita, un pantalón y un chaleco nuevos, de buen paño de Elbeuf, comprados á crédito y pagaderos á tanto por mes, así como botas, guantes de gamuza y un sombrero. Recibió de París, por Giroudeau, ropa blanca, sus armas y una carta para Carpentier, que había servido bajo las órdenes del antiguo capitán de dragones. Dicha carta le valió á Felipe la amistad decidida de Carpentier, quien presentó al coronel al comandante Mignonnet como siendo hombre de gran mérito y de envidiables condiciones de carácter. Felipe cautivó á los dos dignos oficiales con algunas confi-

dencias acerca de la conspiración reciente, la cual fué, como es sabido, la última intentona del antiguo ejército contra los Borbones, pues el proceso de los sargentos de la Rochela pertenece á otro orden de ideas.

Desde 1822, aleccionados por la suerte de la conspiración del 17 de Agosto de 1820, y por las de Bertón y de Carón, los militares se contentaron con esperar los acontecimientos. Esta última conspiración, hermana segunda de la del 19 de Agosto, fué la misma, pero intentada de nuevo con mejores elementos. Lo mismo que la otra, ni sospechas de ella tuvo el gobierno realista. Descubiertos una vez más, tuvieron los conspiradores el talento de reducir la vasta empresa ideada, á las mezquinas proporciones de un complot de cuartel. La tal conspiración, en la que estaban comprometidos varios regimientos de caballería, de infantería y de artillería, tenía como foco el norte de Francia. Consistía el golpe en tomar de una sola vez las plazas fuertes de la frontera. En caso de éxito, los tratados de 1815 hubieran sido rotos por una federación repentina de la Bélgica, sustraída á la Santa Alianza, merced á un pacto militar efectuado entre soldados.

Dos tronos se hundían en un momento en aquel rápido huracán. En vez de aquel formidable plan concebido por cabezas de mérito, y en el que estaban comprometidos elevados personajes, sólo un detalle figuró en el proceso.

Consintió Bridau en servir de pantalla á sus jefes, que desaparecían en el momento en que se descubrían los complots, ya por alguna traición, ya efecto de la casualidad, y que ocupando puestos en las Cámaras, no prometían su cooperación sino para completar el éxito en el centro mismo del Gobierno. Dar cuenta del plan que, desde 1830, las confesiones de los liberales han mostrado en

toda su profundidad, y en sus ramificaciones inmensas desconocidas por los iniciados inferiores, sería lanzarnos en larguísima digresión; además, esto pertenece á la historia. Esta sucinta reseña basta para hacer comprender el doble papel desempeñado por Felipe. El antiguo oficial de ordenanza del emperador debía dirigir un movimiento proyectado en París, únicamente para disfrazar la verdadera conspiración y ocupar el Gobierno en su centro cuando estallara en el Norte. Entonces fué cuando quedó Felipe encargado de romper la trama que unía los dos complots, no entregando más que secretos de orden secundario; hasta su pobreza y su estado enfermizo sirvieron para que el poder le tuviera en poco, y en menos aún sus intentonas. Semejante papel convenía á la situación precaria de aquel jugador sin principios. Al sentirse á caballo sobre dos partidos, el astuto Felipe hizo el santurrón con el gobierno del rey y conservó la estima de los altos personajes de su partido, pero prometiéndose lanzarse más tarde en aquel de los dos caminos que más ventajas le ofreciera.

Aquellas revelaciones acerca del alcance inmenso del verdadero complot y acerca de la participación en él de alguno de los jueces, hicieron de Felipe, á los ojos de Carpentier y de Mignonnet, un hombre de suma distinción, pues su abnegación revelaba un político digno de los días más famosos de la Convención; así es que, á los pocos días, ya era el astuto bonapartista amigo de los dos oficiales, cuya honorabilidad le cubrió de su protección. No tardó en tener, por recomendación de los señores Mignonnet y Carpentier, el puesto indicado por el señor Hochón. Encargado de llevar registros como un recaudador, de llenar de nombres y de números hojas ya impresas, y expedirlas, de hacer pólizas de seguros, no le exigía su cargo

arriba de tres horas diarias. Mignonnet y Carpentier hicieron que entrara Felipe á formar parte de su círculo, en donde su actitud y sus modales, en armonía con la alta opinión que Carpentier y Mignonnet daban de aquel jefe de complot, le valieron el respeto que suele concederse á exterioridades á veces engañosas. Felipe, cuya conducta fué profundamente meditada, había reflexionado en su prisión acerca de los inconvenientes de una vida desordenada; de modo que no le hizo falta el sermón de Desroches para que comprendiera la necesidad de conciliarse la estima de la burguesía por una vida honrada y metódica. Satisfechísimo de ser una viva sátira de Max conduciéndose como Mignonnet, quería adormecer á Max, engañándole sobre su carácter. Tenía empeño en pasar por tonto mostrándose generoso y desinteresado, al mismo tiempo que cercaba á su adversario y que codiciaba la herencia de su tío, en tanto que su madre y su hermano, que de veras eran desinteresados, generosos y de alma elevada, habían sido tenidos por calculadores, por haber obrado con sencillez. La codicia de Felipe había tomado las proporciones de la fortuna de su tío, que el señor Hochón le había detallado. En la primera conversación secreta que tuvo con el octogenario, ambos habían caído de acuerdo en lo obligado que estaba Felipe en no despertar la desconfianza de Max, pues todo quedara perdido con que Flora y Max se llevaran á su víctima, aunque sólo fuera á Bourges. Una vez por semana comía el coronel en casa de Mignonnet, otra vez en casa de Carpentier, y el jueves en casa de los Hochón. Pronto convidado en dos ó tres casas, al cabo de sólo dos ó tres semanas de estancia en la ciudad, no tenía que pagar más que su almuerzo. En ningún sitio habló de su tío, ni de la Enturbiadora, ni de Gilet, á menos que se tratara de saber algo relativamente á la estancia en